

Capítulo 14

El mensaje final de Dios y la cosecha final de la Tierra

Apocalipsis 14

En Apocalipsis, un capítulo conduce al siguiente. Apocalipsis 12 termina con la escena de Satanás enfurecido contra la iglesia de Dios en el tiempo del fin, saliendo a hacer la guerra al pueblo de Dios. El capítulo 13 nos dice que la adoración es el tema principal en esta guerra. La guerra ocurrirá cuando la Iglesia y el Estado se unan para imponer la adoración a la bestia bajo pena de muerte. En el capítulo 14, Dios envía ángeles con un triple mensaje a todo el mundo, llamando su atención sobre el tema de la adoración y llamándolo a adorar al Creador en lugar de a la bestia.

Apocalipsis 14 se divide en tres partes: un pueblo que está en el monte Sion en el Cielo con Jesús (vers. 1-5), el triple mensaje que los prepara para estar allí (vers. 6-13) y el evento para el que deben prepararse: la cosecha final de la Tierra (vers. 14-20).

Los 144.000 de pie en el monte Sion

Juan escribe:

Entonces miré y vi al Cordero de pie sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían el nombre del Cordero y el nombre de su Padre escrito en sus frentes. Y oí una voz del cielo como el estruendo de muchas aguas, como el estampido de un gran

trueno. Sin embargo, era el sonido de arpistas que tañían sus arpas. Cantaban un cántico nuevo ante el trono, ante los cuatro seres vivientes y ante los ancianos. Y ninguno podía aprender ese cántico sino los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes. Son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron comprados de entre los hombres por primicias para Dios y para el Cordero. Y en sus bocas no se halló engaño, porque son sin mancha (Apoc. 14:1-5).

Vimos estos versículos anteriormente en conexión con el capítulo 7, donde los 144.000 se presentan por primera vez. Allí, descubrimos que 144.000 es un número simbólico que representa al pueblo fiel y leal de Dios, aquellos que reciben su sello en el tiempo del fin porque su mente está comprometida con él. Son los salvos que están vivos en la Tierra cuando Jesús regrese.

Ahora, podemos ver que los versículos 1 al 5 establecen un puente entre las predicciones solemnes sobre la adoración falsa, los decretos de muerte, la bestia y su marca, en el capítulo 13, y el triple mensaje que Dios envía para preparar a los 144.000 para estar de pie con el Cordero en el monte Sion. El triunfo de los que han obtenido la victoria sobre la bestia y su imagen forma un glorioso contraste con las angustiosas escenas del capítulo anterior. Siguieron a Jesús fielmente contra todo pronóstico mientras estuvieron en la Tierra. En el Cielo, “siguen al Cordero por dondequiera que va” (vers. 4).

Así que, volvamos al triple mensaje que Dios envía a cada hombre, mujer y niño en la Tierra.

Tres ángeles, tres mensajes

Dios siempre ha enviado mensajes con el propósito de preparar a las personas para eventos significativos que afectan su destino eterno. Cuando el mundo iba a ser destruido por el agua, Dios envió a Noé para advertir a la gente e instarla a entrar en el arca segura. Cuando Jesús estaba a punto de asumir su ministerio en la Tierra como el Mesías prometido, Dios envió a Juan el Bautista con un mensaje de arrepentimiento para preparar el camino. Dios envió a Jonás con un mensaje al pueblo de Nínive: “¡Su ciudad será destruida en cuarenta días!” Y el pueblo se arrepintió. Se arrepintieron en respuesta al mensaje de Jonás, y su ciudad se salvó. (Ver Jonás 3). Cada vez que ha habido un evento importante que afecta el destino espiritual de las personas, Dios envió un mensaje con el fin de prepararlas para enfrentarlo por su gracia. Sería extraño, entonces, si Dios no tuviera un mensaje especial para las personas de la última generación de la Tierra, diseñado de manera única para ayudarlas a superar los desafíos que enfrentan.

Los tres ángeles de Apocalipsis 14 proclaman mensajes de la mayor importancia. Son el llamamiento final de Dios a los habitantes de la Tierra. La bestia exige adoración; todos deben decidir si ceden a sus exigencias. En ese contexto, Dios habla al mundo por medio de los tres ángeles.

Justo antes de su crucifixión, Jesús clamó con lágrimas en Su voz: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollos bajo sus alas! Y no quisiste” (Mat. 23:37).

Dios está sintiendo esa misma emoción al enviar estos mensajes urgentes a la Tierra. Muchas veces, su Espíritu ha suplicado a hombres y mujeres que se vuelvan a él y sean salvos. A medida que se acerca rápidamente el fin, Satanás se enfurece contra el pueblo de Dios. El poder de la bestia exige adoración. La gente debe decidir cuál es su posición. Y Dios hace todo lo que puede para animarla a ir a él. Él ha prometido estar con ella hasta el final (Mat. 28:20). Mira hacia el futuro, cuando los 144.000 estarán con el Cordero en el monte Sion. Quiere que el mayor número posible se encuentre entre ese grupo. A lo largo de la historia, Dios permitió que el pecado continuara por mucho tiempo antes de que cayeran sus juicios. Aunque él nos ha creado con la libertad de elección, es soberano. Nuestras elecciones nunca pueden reemplazar su plan general para este mundo. El pecado y la rebelión tienen sus límites.

Veamos cada uno de estos tres mensajes.

El mensaje del primer ángel

Entonces vi otro ángel que volaba por el cielo con el evangelio eterno para predicarlo a los que habitan en la tierra, a toda nación y tribu, lengua y pueblo. Decía a gran voz: “¡Teman a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio! Y adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apoc. 14:6, 7).

Aquí hay un mensaje urgente: el ángel vuela en medio del cielo, hablando a gran voz. Es un mensaje eterno: el ángel tiene el evangelio eterno. Y es universal: debe ser proclamado a cada persona en la Tierra. Un mensaje que es urgente, eterno y universal debe ser increíblemente relevante e importante para la generación del tiempo del fin.

Presta atención a lo que este primer ángel está predicando. Este ángel tiene el evangelio eterno para predicar a los que viven en la Tierra. No está predicando un evangelio nuevo. El ángel no trata de moldear el evangelio para satisfacer los caprichos o modas actuales de la sociedad. El ángel predica un evangelio que es eterno. Es el mismo evangelio que Pablo y los demás apóstoles predicaron en el siglo I. Es el mismo evangelio que predicó Lutero en la Reforma. Es el mismo evangelio que la Biblia ha estado enseñando desde el principio. La belleza del evangelio es que atrae los corazones y las mentes de cada generación. La sociedad puede cambiar, pero las necesidades más profundas de nuestra vida siguen siendo esencialmente las mismas.

En el tiempo del fin, la necesidad fundamental de las personas en todas partes es escuchar las buenas nuevas de salvación por medio de la fe en Jesucristo. No hay camino a la salvación excepto por medio de la Cruz. Así que, el fundamento del triple llamamiento de Dios a la Tierra en los últimos días es el evangelio eterno.

El ángel desarrolla el significado del evangelio, enfatizando cuatro puntos para el tiempo del fin.

1. *Temer a Dios*. El temor se usa en el versículo 7, no en el sentido de tenerle miedo a Dios, sino en el sentido de reverencia, asombro y respeto. Transmite el pensamiento de lealtad absoluta a Dios y entrega total a su voluntad. Es una actitud mental centrada en Dios, en lugar de ser egocéntrica. Es lo opuesto a la actitud de Lucifer en Isaías 14:13 y 14, cuando dice en su corazón: “Subiré al cielo, en lo alto, por encima de las estrellas de Dios levantaré mi trono, en el Monte de la Reunión, al lado norte me sentaré. Sobre las altas nubes subiré, y seré semejante al Altísimo”.

La esencia del Gran Conflicto gira en torno a la sumisión a Dios. Lucifer era egocéntrico. Se negó a someterse a cualquier autoridad excepto la suya. En lugar de someterse a aquel que está sentado en el Trono, Lucifer deseaba gobernar desde el Trono.

Descubrimos la profundidad del significado de esta expresión “temer a Dios” al observar su uso en otras partes de la Biblia. En las Escrituras, el temor o la reverencia a Dios conduce a la obediencia a sus mandamientos. Consideremos dos pasajes que aclaran este punto.

Hablando a Israel, Dios instruyó al pueblo: “Para que temas a Jehová tu Dios, guardando todos sus estatutos y sus mandamientos que yo te mando” (Deut. 6:2, RVR 60).

El libro de Eclesiastés lo declara en un lenguaje demasiado claro para que se malinterprete. “El fin de todo el discurso es este: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque este es todo el deber del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, con toda cosa oculta, buena o mala” (Ecl. 12:13, 14).

El llamamiento urgente del Cielo es que los salvados por la gracia lleven una vida consagrada. La gracia no nos libera de obedecer los mandamientos de Dios. Sin embargo, si fallamos, podemos ir en humilde arrepentimiento, confesando nuestros pecados, y él nos perdona en su gracia. Por eso, el apóstol Pablo declara tan enfáticamente en Romanos 8:1: “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. El evangelio no solo nos libra de la culpa de nuestro pasado, sino también nos capacita para llevar una vida consagrada y obediente en el presente. El apóstol Pablo declara de los creyentes: “Por medio de él recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia de la fe, por amor a su nombre, en todas las naciones” (Rom. 1:5).

Tememos a Dios cuando nos asombramos por su bondad, nos maravillamos por su gracia y nos sentimos abrumados por su amor.

2. *Darle gloria.* ¿Cómo podemos dar gloria a Dios? Él es el Rey del Universo. ¿Cómo podemos hacer algo para añadir a su gloria? Podemos darle gloria al vivir para él. Glorificamos a Dios al permitir que él demuestre su gracia y su poder en nuestra vida.

Nota este contraste. Temer a Dios habla de una actitud de obediencia centrada en Dios. Dar gloria a Dios habla de nuestras acciones, de cómo vivimos. Temer a Dios tiene que ver con lo que pensamos. Dar gloria a Dios se refiere a lo que hacemos. Temer a Dios es el compromiso interior de hacer de Dios el centro de nuestra vida. Dar gloria a Dios es traducir nuestras convicciones internas en un estilo de vida que honre a Dios en todo lo que hacemos.

Muchas personas tienen la idea de que la forma en que tratan su cuerpo no está relacionada con su fe. Creen que su cuerpo es suyo para hacer lo que les plazca. El apóstol Pablo declara: “Así, hermanos, por la tierna misericordia de Dios, les ruego que presenten su cuerpo en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es el culto espiritual de ustedes” (Rom. 12:1). La palabra griega del Nuevo Testamento para cuerpo es *sumata*, que se traduce mejor como la suma colectiva de lo que eres: cuerpo, mente, emociones. La versión de Phillips de la Biblia, en inglés, traduce “culto espiritual” como “un acto de adoración inteligente”. En otras palabras, cuando haces un compromiso total de “temer a Dios y darle gloria” —entregarle tu mente, tu cuerpo y tus emociones en todo lo que haces—, es un acto de adoración inteligente.

Según el apóstol Pablo, nuestro cuerpo es un santuario, la morada del Espíritu de Dios, un templo santificado por la presencia de Dios. Y es enfático: “Si alguno destruye el templo de Dios, será destruido por el Señor; porque ese templo es santo. Y ese templo son ustedes” (1 Cor. 3:17). Las Escrituras nos dan una llamada de atención para glorificar a Dios en todos los aspectos de nuestra vida. En un momento en que multitudes están abusando de su cuerpo y dañando su cerebro con drogas, alcohol y otros hábitos destructivos, Dios dice: “Te estoy llamando de nuevo a una vida de fiel obediencia. Pon tu cuerpo sobre el altar como sacrificio vivo; abre tu corazón y tu mente a mi Espíritu para que yo pueda vivir en ti. Entonces, tu cuerpo será verdaderamente mi templo”.

Cuando Dios es el centro de nuestra vida, nuestro único deseo es darle gloria en todos los aspectos de nuestra vida, ya sea en nuestra dieta y las cosas que comemos, en nuestra vestimenta y las cosas que usamos, en nuestro entretenimiento y las cosas que vemos, o en nuestra música y las cosas que escuchamos. Damos gloria a Dios al revelar su carácter de amor al mundo por medio de una vida comprometida a hacer su voluntad. Esto se vuelve aún más importante a la luz del juicio final de la Tierra.

3. *Adorar a aquel que hizo el Cielo y la Tierra.* Aquí llegamos al tema que es primordial en el tiempo del fin: la adoración. Apocalipsis 13 ha establecido la crisis que enfrenta esta última generación: adorar a la bestia o adorar a Dios. Ser marcado por la bestia o sellado por Dios. Esa es la disyuntiva. Dios merece nuestra adoración porque él nos hizo. Él es el Creador.

La Creación habla de nuestro valor ante los ojos de Dios. Habla de cuánto valemos para él. No estamos solos en el Universo: no somos una mota de polvo cósmico. Él nos creó. Él nos formó. Él nos hizo. No somos producto de un proceso evolutivo que duró

millones de años. No somos un accidente genético. Jesús es digno de nuestra adoración porque no solo nos creó, sino también nos redimió. La Creación y la Redención están en el corazón de toda verdadera adoración. Por eso el sábado es tan significativo. El sábado habla del cuidado de un Creador y del amor de un Redentor.

Al registrar la conclusión de la semana de la Creación, Génesis 2:1 al 3 declara: “Así quedaron acabados los cielos y la tierra, y su gran contenido. Y acabó Dios en el séptimo día la obra que hizo, y reposó en el séptimo día de cuanto había hecho. Entonces Dios bendijo el séptimo día y lo santificó, porque en él reposó de cuanto había hecho en la creación”. Dios no descansó porque estaba cansado. Descansó renovado en la belleza y la majestuosidad del mundo que había hecho. Él descansó para darnos ejemplo. El sábado es una pausa semanal para alabar a aquel que nos hizo. Cuando adoramos en el sábado, abrimos nuestros corazones para recibir la bendición especial que él colocó en ese día; una bendición que no fue colocada sobre ningún otro día.

El sábado nos recuerda que no somos huérfanos cósmicos en un globo giratorio de roca. Nos señala a un Creador que nos creó con un propósito y nos amó demasiado como para abandonarnos cuando nos desviamos de ese propósito. El sábado nos recuerda a aquel que nos ha provisto todas las cosas buenas de la vida.

El sábado es un símbolo eterno de nuestro descanso en él. Es una señal especial de lealtad al Creador (Eze. 20:12, 20). En lugar de un requisito arbitrario y legalista, revela que en él se encuentra el verdadero descanso de la justicia por las obras. El sábado habla de un Dios que ha obtenido la victoria, para que podamos descansar en sus logros. El verdadero descanso sabático es el descanso de la gracia en los brazos amorosos de aquel que

nos creó, aquel que nos redimió, aquel que vuelve por nosotros. ¿Recuerdas esa frase única de Génesis 2:3: “En él [el sábado] reposó de cuanto había hecho en la creación”? El sábado es el descanso de Dios. Descansó en el séptimo día en un reconocimiento divino de que su obra estaba terminada. Hebreos 4:9 y 10 compara el descanso de Dios cuando cesó de sus obras al final de la semana de la Creación con nuestro descanso sabático hoy. Hebreos lo expresa de esta manera: “Por tanto, queda un reposo sabático para el pueblo de Dios. Porque el que entra en el reposo de Dios también descansa de sus obras, como Dios de las suyas”. Según las Escrituras, nuestro descanso sabático es un acto de adoración suprema en el que descansamos totalmente en él para nuestra salvación.

El mensaje de Apocalipsis 14, el mensaje de Dios para el tiempo del fin, nos llama a recordar a aquel que nos creó y a descansar en su amor y su cuidado cada sábado. El sábado es un símbolo de descanso, no de obras; de gracia, no de legalismo; de seguridad, no de condenación; de dependencia de él, y no de nosotros mismos. Cada sábado, nos regocijamos en su bondad y lo alabamos por la salvación que solo se puede encontrar en Cristo.

El sábado es también el vínculo eterno entre la perfección del Edén en el pasado y la gloria de los Cielos Nuevos y la Tierra Nueva en el futuro. Un día, los esplendores del Edén serán restaurados. Un día, Dios creará un Cielo nuevo y una Tierra nueva. Un día, la enfermedad, el sufrimiento y la tristeza ya no existirán. Un día, la enfermedad, el desastre y la muerte terminarán. Un día la alegría, el gozo y la paz reinarán por los siglos de los siglos. Hasta ese día, mientras lo adoramos con todo nuestro corazón como el Creador de los Cielos y la Tierra, descansamos en su amor eterno, lo alabamos por su gracia y

anhelamos el día en que regresará pronto y arreglará todas las cosas.

4. *La hora de su Juicio ha llegado.* Hemos visto que el Juicio comenzó en el Cielo al final de la profecía de los 2.300 días (años) de Daniel, que concluyó en 1844. El mensaje de Dios para los últimos días incluye un enfoque en este juicio, que está determinando el destino eterno de cada persona en la Tierra. Cuando el Juicio haya terminado, Jesús vendrá.

En el Juicio, todos los errores serán corregidos. La justicia triunfará sobre el mal. Los poderes del infierno serán derrotados y el nombre de Dios será vindicado. La injusticia no tendrá la última palabra, sino la justa y amorosa voluntad de Dios. El Universo entero entonces adorará a aquel que lo ama con un amor insondable.

El mensaje del segundo ángel

“Un segundo ángel lo siguió diciendo: ‘¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia!, la que ha dado a beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación’ ” (vers. 8).

Juan escribió el libro de Apocalipsis a finales del siglo I. En ese momento, la antigua ciudad de Babilonia era un montón de polvo en el paisaje de la historia. Babilonia gobernó desde el año 605 a.C. hasta el año 539 a.C. En 539 a.C., los medopersas conquistaron Babilonia. La ciudad fue atacada en múltiples ocasiones y, finalmente, arrasada. La predicción de Apocalipsis sobre la caída de Babilonia no puede estar refiriéndose a las ruinas de la antigua ciudad de Babilonia, que se encontraba en el río Tigris en el actual Irak. Cuando Juan escribió los mensajes del libro de Apocalipsis, la ciudad literal de Babilonia había estado

destruida ya por más de quinientos años. Sin embargo, debemos recordar que Apocalipsis es un libro de vívido simbolismo.

En estas profecías de Apocalipsis, Babilonia representa un sistema religioso falso. Debido a que Babilonia tomó cautivo al pueblo de Dios en los tiempos del Antiguo Testamento, se convirtió en un símbolo de los enemigos de Dios y de su verdad. En Apocalipsis, Babilonia es un símbolo de la religión falsa en los últimos días (Apoc. 17:1-6). Babilonia personifica la arrogancia egocéntrica y el orgullo humano. En Daniel 4:30, el rey de Babilonia se jacta con arrogancia: “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué?” Babilonia representa los orgullosos logros de la humanidad. Es un símbolo de las obras humanas, en contraste con la gracia de Dios; un símbolo de las tradiciones humanas que desafían los mandamientos de Dios. Ha mezclado la verdad y el error, distorsionado el evangelio, cambiado la Ley de Dios y sustituido la verdad bíblica por decretos hechos por hombres.

Apocalipsis 14 describe dos corrientes religiosas que fluyen de fuentes completamente diferentes: la fuente de la verdad y la fuente del error. El evangelio eterno de Apocalipsis presenta las poderosas verdades de la Palabra de Dios a un mundo que busca desesperadamente un significado. El sistema falsificado del diablo, denominado “Babilonia”, es una distorsión de la verdad y se origina con el padre de la mentira (ver Juan 8:44).

En el momento del mensaje del segundo ángel, el cristianismo apóstata parece estar en ascenso. Todo el mundo se maravillará en pos de la bestia y la adorará, excepto aquellos cuyos nombres están escritos en el Libro de la Vida del Cordero (Apoc. 13:3, 8). La bestia tiene poder para matar a los que se niegan a adorar su imagen. Pero en el apogeo de su poder, el ángel anuncia la caída de Babilonia. Cae, específicamente, porque intenta hacer que

hombres y mujeres beban “del vino del furor de su fornicación” (Apoc. 14:8). La fornicación espiritual es infidelidad a Dios.

Dos capítulos completos (capítulos 17 y 18) tratan de la caída de Babilonia, y examinaremos los detalles cuando lleguemos a esos capítulos. Sin embargo, debemos señalar un versículo del capítulo 18. Juan dice: “Y oí otra voz del cielo que decía: “¡Salgan de ella [de Babilonia], pueblo mío, para que no participen de sus pecados y no reciban de sus plagas!” (Apoc. 18:4). Dios está llamando a su pueblo a salir de Babilonia antes de que esta caiga. Dios está llamando a su pueblo a dejar atrás las falsas religiones y defender la verdad.

El mensaje del tercer ángel

Y un tercer ángel los siguió diciendo a gran voz: “Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en su frente o en su mano, este también beberá del vino de la ira de Dios, vaciado puro en la copa de su ira; y será atormentado con fuego y azufre ante los santos ángeles y ante el Cordero. Y el humo de su tormento sube para siempre jamás. Y los que adoran a la bestia y a su imagen, y los que reciben la marca de su nombre, no tienen reposo ni de día ni de noche” (Apoc. 14:9–11).

Estos versículos se encuentran entre los más fuertes y temibles que se encuentran en la Palabra de Dios. Dios es misericordioso, pero también es justo. Él es un Dios de verdad. Él puede salvar hasta lo sumo, pero aquellos que se niegan a aceptar su salvación sufrirán los resultados de su elección. Por un lado, está el vino de la ira de la fornicación de Babilonia. Por otro lado, está el vino de la ira de la indignación de Dios contra el pecado.

Una vez más, todo se reduce a una cuestión de adoración. El primer ángel nos insta a adorar al Creador. El tercer ángel advierte de las terribles consecuencias de adorar a la bestia.

En el fondo, la marca de la bestia exalta lo humano por encima de lo divino. Coloca las palabras de la humanidad por encima de la Palabra de Dios. Intenta reemplazar los mandatos de Dios por decretos humanos. Promueve dar gloria a los seres humanos en lugar de a Dios.

En el mensaje del tercer ángel, beber el “vino de la ira de Dios” se define como ser atormentado “con fuego y azufre” por los siglos de los siglos (vers. 10, 11). ¿Significa esto que los pecadores arderán eternamente en el fuego del infierno? Muchos cristianos sinceros responderían: “Sí”. Creen que la Biblia enseña que los pecadores serán atormentados en el fuego del infierno por toda la eternidad. Señalan textos como este de Apocalipsis 14.

Otros cristianos sinceros creen que el fuego del infierno se apagará una vez que los pecadores hayan sido quemados y destruidos para siempre. Señalan que, si los pecadores continúan sufriendo por toda la eternidad, el pecado nunca será erradicado del Universo. Sin embargo, la Biblia dice que Dios pondrá fin por completo al pecado, y nunca más se levantará (Nah. 1:9). Señalan Apocalipsis 21:3 y 4, que declara que no habrá más dolor, tristeza ni llanto después del regreso de Jesús, lo que ciertamente no podría ser el caso si los pecadores continúan siendo atormentados eternamente.

¿Cómo explicar, entonces, Apocalipsis 14:10 y 11, que dice que el humo del tormento de los perdidos asciende “para siempre jamás”?

La Biblia a menudo usa el término “para siempre” para referirse a cosas que tienen un fin. Considera, por ejemplo, Éxodo 21:6 y Deuteronomio 15:17, donde un esclavo que optó por permanecer con su amo en lugar de salir libre podría pasar por un procedimiento después del cual serviría a su amo “para siempre”. El significado, por supuesto, es que el esclavo serviría a su amo mientras viviera. Usamos la expresión “para siempre” de la misma manera. A veces, podemos decir: “Recordaré este día para siempre”; es decir, mientras vivamos. (Muchos textos de la Biblia enseñan que el infierno tendrá un fin y que los pecadores serán destruidos. Menciono aquí solo algunos: Malaquías 4:1-3; Salmo 37:10, 20; Proverbios 10:25; Abdías 16; Isaías 47:14; Hebreos 12:29). Debemos entender textos como Apocalipsis 14:10 y 11 en el sentido de que los pecadores serán quemados en el fuego del infierno hasta que sean consumidos, no durante las interminables edades de la eternidad.

El triple mensaje de Dios de los últimos días para el mundo llega a su clímax en Apocalipsis 14:12. “¡Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús!” Aquí, Juan describe a un grupo de creyentes del tiempo del fin llenos de gracia que “guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”. En lugar de adorar a la bestia, el pueblo de Dios lleno de fe es obediente a su voluntad.

Aquellos que prestan atención a los mensajes de estos tres ángeles y se alejan de Babilonia y sus falsas enseñanzas son elogiados por dos cosas: su obediencia y su fe. Guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús. Esperan pacientemente el regreso de Jesús. Por la gracia y el poder de Dios, guardan sus mandamientos. Tienen la fe de Jesús, tanto la fe en Jesús como la cualidad de la fe de Jesús que les permite ser vencedores. La fe que trae como resultado la obediencia les

permite mantenerse firmes cuando la mayoría en este mundo se inclina ante el poder de la bestia.

Mirando a los que vencen, Juan dice: “Aquí está la paciencia de los santos”. Varias de las traducciones modernas vierten la palabra *paciencia* como “perseverancia”. El pueblo de Dios ha estado soportando pacientemente las pruebas y las angustias de este mundo, anhelando y esperando la venida de Jesús desde que regresó al Cielo. El apóstol Pablo escribió palabras de aliento a los creyentes cristianos en Roma en el siglo I. Esas palabras tienen una relevancia cada vez mayor para esta generación que espera el regreso de Cristo: “Y hagan esto conociendo el tiempo, que ya es hora de levantarnos del sueño; pues ahora nuestra salvación está más cerca que cuando creímos. La noche está muy avanzada; el día casi ha llegado. Desechemos las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de luz” (Rom. 13:11, 12).

La cosecha final de la tierra

La tercera sección de Apocalipsis 14 trata de la cosecha final de la Tierra. El capítulo comenzó con los 144.000 de pie sobre el monte Sion en el cielo (vers. 1-5). La siguiente sección presentó el triple mensaje que los prepara para estar allí de pie (vers. 6-13). Y esta sección final aborda el evento para el que los 144.000 se han estado preparando: la cosecha final de la Tierra (vers. 14-20).

La cosecha representa la conclusión del Gran Conflicto. En estos versículos se presentan dos cosechas: la cosecha de granos de oro y la cosecha de uvas de sangre: la cosecha de los salvos (vers. 14-16) y la cosecha de los que se perderán (vers. 17-20).

“Entonces miré y vi una nube blanca, y sobre la nube, a uno sentado semejante al Hijo del hombre, con una corona de oro en

su cabeza, y en su mano una hoz aguda. Y del santuario salió otro ángel, y clamó a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: ‘Toma tu hoz y siega, porque ha llegado la hora de segar, y la mies de la tierra está madura’. Y el que estaba sentado sobre la nube pasó su hoz por la tierra y la segó” (Apoc. 14:14–16).

La cosecha simboliza el fin del mundo, cuando se manifiesta el destino final de cada persona en la Tierra. Jesús contó una parábola acerca de la cosecha: “El reino de los cielos es semejante al hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero mientras sus hombres dormían, vino su enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se fue” (Mat. 13:24, 25).

Cuando el trigo y la cizaña comenzaron a brotar, sus sirvientes le pidieron que arrancara la cizaña. El maestro respondió: “El reino de los cielos es semejante al hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero mientras sus hombres dormían, vino su enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se fue” (vers. 30).

Jesús explicó a sus discípulos los símbolos de la parábola. El hombre que sembró la buena semilla en su campo representa a Jesús mismo. El trigo representa a los salvados; la cizaña representa a los perdidos. Los segadores son los ángeles, y la cosecha es el fin del mundo (vers. 37–40). Gran parte de los símbolos de esta parábola son los mismos que usa Juan para representar la cosecha final de la Tierra. Apocalipsis 14 usa la mies para representar la cosecha de los salvos, y los racimos de la vid para describir a los perdidos.

Al final de los tiempos, los justos serán reunidos en el Reino de Dios en una cosecha gozosa. Jesús representa esa cosecha en estas palabras:

Y todas las naciones de la tierra [...] verán al Hijo del hombre que viene sobre las nubes del cielo, con gran poder y gran majestad. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus elegidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro (Mat. 24:30, 31).

El apóstol Pablo lo describe así: “Porque el mismo Señor descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes, a recibir al Señor en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tes. 4:16, 17).

¡Qué diferente es la cosecha de los perdidos! Apocalipsis describe esa cosecha como una vendimia de la vid. “Y el ángel pasó su hoz afilada por la tierra, vendimió la viña de la tierra y echó la uva en el gran lagar de la ira de Dios. Y el lagar fue pisado fuera de la ciudad; y del lagar salió sangre” (Apoc. 14:19, 20).

Cuando se cosechan las uvas para extraer su jugo, se ponen en una prensa. En tiempos bíblicos, las uvas eran pisoteadas por pies humanos para extraer el jugo. Apocalipsis describe el jugo de uva como sangre que sale del lagar en una ilustración gráfica de la verdad de que “la paga del pecado es la muerte” (Rom. 6:23).

Fíjate que, tanto en la cosecha de los salvos como en la cosecha de los perdidos, se declara específicamente que la cosecha está “madura” (vers. 15, 18). Dios ha soportado por mucho tiempo el pecado en la Tierra. Él ha dado a cada mujer y hombre amplias

oportunidades de aceptar su salvación. Cada persona ha hecho su elección irrevocable. No es hasta que la cosecha está “plenamente madura” que Dios mete su hoz y siega. Aquellos que están en la cosecha de los salvos están con el Cordero en el monte Sion. Los que se pierden son arrojados al “gran lagar de la ira de Dios” (Apoc. 14:19).

El libro de Apocalipsis nos presenta dos destinos, dos opciones, dos amos, y todo el Cielo nos llama a tomar la decisión correcta. Jesús ha hecho, y ahora está haciendo, todo lo posible para salvarnos. Ahora la decisión depende de nosotros. ¿Responderemos a la influencia de su Espíritu? ¿Responderemos a sus amorosos llamados? ¿Cómo podemos resistir o rechazar tal amor? ¡La decisión es nuestra! ¿Inclinarás ahora tu cabeza y entregarás tu vida nuevamente a este Dios Creador del Universo, omnisciente y todopoderoso?